

POPULISMO CORPORATIVO Y DEMOCRACIA SIN PARTIDOS

Cualquier científico o intelectual, especialmente si intenta descifrar las fuerzas que actúan en la política contemporánea, estará familiarizado con esos raros instantes en que una línea de pensamiento dudosa, incluso equivocada, le lleva a una conclusión verdadera y original. Me parece que eso es lo que le ha sucedido a Peter Mair al examinar el gobierno del Nuevo Laborismo en el Reino Unido. Estoy convencido de que su análisis de lo que pretenden sus dirigentes está equivocado. En una nota a pie de página, pero sin ironía, cita al lord Canciller, no elegido y no elegible, Lord Irvine, quien afirmaba: «Nos hemos propuesto ser un gobierno que devuelva el poder al pueblo». También cita la pretenciosa arenga de Blair a la conferencia del partido en septiembre de 1999, cuando dijo que la «causa» del partido consistía en «liberar a nuestro pueblo». Tomarse en serio esas declaraciones significa confundir las intenciones con la retórica. Como ha señalado Ralph Dahrendorf, el primer ministro nunca habla espontáneamente de la libertad¹. En ese caso claramente les dijo a los muñidores de su discurso que robaran algún lema de los conservadores. Mair tiene toda la razón al tomarse en serio a los dirigentes del Nuevo Laborismo. Pero una cosa es tomárselos en serio, y otra muy distinta tomarlos al pie de la letra.

Cuando hablan, lo que debe observarse con más interés son las diferencias existentes entre ellos, que revelan algunas de las tensiones experimentadas actualmente por el gobierno. En el pasaje citado, Blair se refería a «nuestro pueblo» utilizando el posesivo, un modo de expresarse instintivo que no es propio de alguien dedicado a «devolverle» el poder. La otra mitad de la afirmación de Irvine era: «el pueblo, de quien el poder en última instancia procede». Como abogado, tiene que haberse dado cuenta de que esa concepción «escocesa» de la soberanía no coincide con la ortodoxia constitucional inglesa. Es posible que a Irvine, seguidor de John Smith, quien dirigió por breve tiempo el partido antes que Blair, no le disgustara una redefinición de la soberanía británica. En cualquier caso, el primer ministro no parece compartir esa aspiración, y se ha negado activamente a respaldarla.

¹ *New Statesman*, 6 de septiembre de 1999.

El primer ministro no está, como afirma Mair en su conclusión, «comprometido actualmente en lo que equivale a una gran revolución constitucional». La discrepancia entre nosotros se refiere ante todo al término «comprometido», que implicaría una finalidad coherente, un propósito constructivo, y un deseo consciente de romper con el pasado. Es cierto que se ha iniciado efectivamente una revolución constitucional, en un sentido destructivo, y eso es lo más importante; sin embargo, esa «revolución» tendrá mucho mayor alcance de lo que la mayoría del gobierno laborista, incluido el primer ministro y quizá el propio Irvine, pretenden. Han puesto en marcha el entierro de un régimen que se remonta a 1688; todavía no está claro si el sepelio durará cinco o cincuenta años, pero sin duda se considerará retrospectivamente que comenzó con los veinte sorprendentes proyectos de ley constitucional aprobados en sus tres primeras reuniones por el gobierno de Blair.

El Rubicón evanescente

La revolución no es del todo resuelta e impetuosa, porque el Nuevo Laborismo no quiere que lo sea. Sería difícil hallar una descripción más autorizada de su carácter que la declaración de la portavoz del gobierno en la Cámara de los Lores, la baronesa Jay, apoyando los planes propuestos por la Comisión Wakeham para la reforma de la segunda cámara: «Creemos que uno de los méritos del informe es su gradualismo. En esa medida se asienta firmemente en nuestras tradiciones en cuanto al cambio constitucional y parlamentario. Cuando contemplamos nuestra historia no es fácil hallar ningún Rubicón que hayamos atravesado en ese proceso, en el que todo cambiara de la noche a la mañana»². La declaración de Jay se hacía eco de la línea de la propia comisión. La forma en que Gran Bretaña se pone al día, en su opinión, sigue siendo la misma.

Algunos de sus colegas desearían quizá un compromiso un poco más decidido. Al final de ese mismo debate, resumiendo la posición del gobierno, el ministro de Justicia, lord Williams, realizó como le correspondía una defensa de la posición oficial sobre la reforma de la Cámara de los Lores: ésta fue lamentable. Después, de repente, bajó la guardia. Un poco antes, en el transcurso del debate, el académico conservador Philip Norton había felicitado a la «noble baronesa» por su defensa de un «planteamiento gradualista», añadiendo que como conservador se sentía «feliz» por ello. Pero se preguntaba si ella estaba en lo cierto al deducir que describía el planteamiento general de su gobierno con respecto al planteamiento global de cambio constitucional:

Ha resultado difícil llegar al debate con el gobierno, ya que [...] los ministros evitan una y otra vez responder a mis preguntas sobre qué enfoque intelectualmente coherente del cambio constitucional defienden. La noble baronesa ha hablado de un planteamiento gradualista [...] pero el planteamiento que el gobierno ha hecho de

² *Hansard*, House of Lords, 7 de marzo de 2000, col. 911.

otros cambios constitucionales no es gradualista. El gobierno ha actuado de forma inconexa, sin relacionar entre sí los distintos cambios que ha introducido. Esta actitud es intelectualmente inaceptable y constitucionalmente peligrosa.

Dado lo cual, invito [...] al ministro de Justicia, en su respuesta, a explicar cómo se adecua la aceptación en términos generales, por parte del gobierno, del informe de la Comisión Real, a su concepción del cambio constitucional [...] Le invito a plantear la cuestión en su conjunto, y a decirnos no sólo lo que hará el gobierno, sino también hacia dónde creen que se encamina³.

Se podía esperar una respuesta altiva del tipo de las que prefiere Irvine: que el gobierno comprende perfectamente las diferentes modernizaciones que está emprendiendo, y que no hay ninguna incoherencia o incompatibilidad entre ellas. Pero en lugar de reiterar la perspectiva gradualista de Jay, Williams respondió:

El noble lord Norton ha dicho que nuestro planteamiento de la reforma de la Cámara de los Lores es de algún modo diferente en naturaleza y esencia a nuestro enfoque de otras reformas constitucionales. Se trata de una visión equivocada de la situación. No se debe olvidar que uno de los cambios constitucionales más fundamentales que ha introducido este gobierno, y podría incluso decir que el más fundamental, es la introducción de la Ley de Derechos Humanos. Una vez que ésta ha quedado inserta en la estructura y el alma de nuestra sociedad, nada volverá a ser lo mismo⁴.

En definitiva, un Rubicón. Pero de nuevo, quizá no tanto. Una semana antes, poco más o menos, Blair había pronunciado una conferencia importante en el centésimo aniversario del partido laborista. En el transcurso de su repaso histórico procedió a resumir los logros de su gobierno. Se refirió de pasada a la reforma de la Cámara de los Lores y a la descentralización, en varias ocasiones. Las palabras «reforma constitucional» no salieron de sus labios, y no mencionó en absoluto la Ley de Derechos Humanos.

Personalmente, yo no creo que la Ley de Derechos Humanos, ni ninguna otra reforma, cambie todo por sí misma. Su combinación, no obstante, es más que radical. Dar a Escocia un parlamento y reformar la Cámara de los Lores, y no encarar el nuevo *status* de Escocia en esta última, significa provocar un problema: el centro se ha debilitado al mismo tiempo que la periferia se ha reforzado. La Ley de Derechos Humanos socavará más aún la autoridad de los Comunes justamente cuando más legitimidad necesitaría en sus tratos con Londres o Gales. Mair sugiere que el Nuevo Laborismo posee coherencia y determinación. Estoy de acuerdo en lo último, pero espero haber demostrado que su incoherencia no es sólo una cuestión de distancia entre los efectos de sus reformas constitucionales y su presentación. Los ministros ofrecieron incluso interpretaciones totalmente contrarias en el mismo debate.

No es éste el lugar más apropiado para profundizar en la extraordinaria confusión de la política oficial, algo que se está haciendo en muchos ámbi-

³ *Ibid.*, cols. 980-981.

⁴ *Ibid.*, col. 1032.

tos, y no sólo en el próximo documento estratégico de la *Charter 88, Prospect and Plans for Twenty Ten*. La cuestión es qué debemos hacer con ella. Peter Mair es generoso: dice que uno no puede simplemente concluir que «no saben lo que están haciendo». Desde luego que no. Distintos miembros del gobierno entienden de modo distinto lo que están haciendo, y posiblemente todos ellos están equivocados. El argumento de David Marquand de que el liderazgo de Blair no sabe bien qué fuerzas ha desencadenado no debería interpretarse en el sentido de que carece de objetivos. Por el contrario, cuando Mair dice que «todavía no está claro si ese intento de transformar la cultura política predominante en Gran Bretaña podrá llevarse hasta su conclusión última», supone un grado de coherencia demasiado elevado en Downing Street. Blair posee un conjunto de intuiciones y planteamientos que constituyen una amalgama de radicalidad y prudencia, una voluntad de gobernar en el sentido más estricto del término y un deseo de contar con el respaldo más amplio posible para su poder. También llegó a la conclusión de que las reformas constitucionales del Nuevo Laborismo no serían de tanta importancia como para tener que dar una explicación formal de ellas o defenderlas como programa. En eso estaba equivocado.

Mair cree que las reformas del Nuevo Laborismo acabarán probablemente con lo que denomina «democracia mayoritaria» británica. Piensa que el Estado se convertirá en una unidad política europea de un tipo más consensuado, y arguye que eso es lo que Blair pretende. Pero puede no ser así, como lo sugiere su rechazo de la representación proporcional, y su decisión de conservar una segunda cámara completamente subordinada a la primera, que no es sino un conjunto de tontos útiles en manos del ejecutivo. Blair ha hecho todo lo posible por limitar la lógica radical de sus reformas constitucionales y preservar la dictadura electa (o democracia mayoritaria). «*Constitutional interruptus*» es como yo caracterizo el proceso emprendido⁵. Gales puede tener una asamblea, pero no el primer ministro que desea. Se propone un «derecho a saber» que luego se retira, para volver a presentarlo más tarde, castrado. Se pretende abolir los Pares hereditarios, pero se permite a noventa y dos de ellos permanecer en la Cámara de los Lores, y se olvida la promesa de una segunda cámara democrática.

En Escocia y Gales, este modelo ha provocado un refuerzo de los argumentos en favor de la independencia, justamente lo contrario de lo que pretendía (y esperaba) el gobierno. Pero era absolutamente obvio que eso iba a ocurrir. No era difícil predecir que la decisión de Blair de pasar por encima de la Asamblea de Gales imponiendo a Alun Michael como primer ministro iba a resultar una «victoria pírrica»⁶. Aun así, como en el caso de Ken Livingstone en Londres, los dirigentes del Nuevo Laborismo hicieron caso omiso de las advertencias, creyendo que ellos sabían mejor que nadie

⁵ *Prospect*, febrero de 1999.

⁶ Véase mi artículo sobre esta cuestión en *The Observer*, 7 de febrero de 1999.

lo que se traían entre manos. Sólo se puede concluir que no comprendían qué fuerzas estaban desencadenando.

¿Un nuevo modelo de consenso?

Mair considera a Madison como uno de los teóricos fundadores de la política consensuada, antifaccional, que contrapone al gobierno mayoritario tradicional en Gran Bretaña. Esto le lleva a sugerir que «el proyecto de Blair es de inspiración madisoniana». Mi opinión acerca de la cuestión histórica es que, al concluir la guerra de la independencia norteamericana, las elites políticas, tanto británicas como estadounidenses, estaban volcadas en esfuerzos bastante parecidos para salvarse a sí mismas de lo que consideraban la amenaza principal contra su dominio, la usurpación militar o monárquica por un lado, y la plebe movilizada por otro. Ambas crearon sistemas «republicanos» (tomando el término en sentido premoderno) para conseguirlo. Madison, por supuesto, contrapuso explícitamente el orden republicano al democrático, que entendía como el gobierno directo del pueblo⁷. Bagehot, en su posterior examen comparativo de ambos sistemas políticos, argumentó que Inglaterra era en realidad una «república eficaz». En ambas, la elección de representantes era el mecanismo clave para asegurar la lealtad del pueblo hacia la autoridad pública, manteniéndolo al mismo tiempo suficientemente alejado del ejercicio del poder. El sistema de partidos moderno se desarrolló a partir de la organización de los representantes electos. Y es la «democracia de partidos» lo que está ahora en cuestión.

Mair tiene probablemente razón al considerarlo como un cambio potencialmente decisivo. Su tesis es que el objetivo último del Nuevo Laborismo es una democracia sin partidos. Se trata de un análisis muy valioso, no sólo porque, como apunta Mair, la finalidad sea peligrosa y potencialmente antidemocrática. Blair es un exponente natural del fin de las ideologías. Cree firmemente en el ejercicio del gobierno, no en el hipotético *laissez-faire* de la década de 1980, pero para él la decisión sobre los mejores programas que deban aplicarse no es una cuestión «tribal» o política, y tampoco, por lo tanto, una cuestión partidista. La frase «recordad que lo que importa son los resultados, lo que importa es lo que funciona», que es ahora un dicho familiar, proviene de un discurso pronunciado, significativamente, ante activistas del partido en la Administración local⁸. Esa misma idea ha sido esgrimida por Irvine, quien ha elevado prácticamente su pragmatismo al rango de toda una filosofía.

Los orígenes de esa antipolítica son múltiples. Uno de ellos es el atractivo del «consenso», que como Trevor Smith observó en su reflexión sobre la

⁷ *Federalist Papers*, X.

⁸ Tony BLAIR, «Speech to Labour Local Governance Conference», Blackpool, 6 de febrero de 2000.

década de 1960, «ya sea real o imaginado, es en último término perjudicial para la democracia, cuyo fundamento principal es el conflicto organizado»⁹. Otra fuente es el rechazo hacia una «política de mentiras» y el anhelo de «vivir en la verdad» que Václav Havel expresó, tan elocuentemente en «The Power of the Powerless»¹⁰. Aunque lo que el defendía era la disidencia bajo el estalinismo, también manifiesta el deseo generalizado en Occidente de una vida pública más veraz, trascendiendo la estéril mendacidad de los programas de los partidos, que ha sido uno de los motivos del crecimiento de grupos de interés público en los que la gente se organiza con menos compromiso para la defensa de determinados fines. El debilitamiento de los partidos políticos tiene razones tanto antidemocráticas como democráticas.

Mair observa con perspicacia que la propia palabra «partido» está siendo arrinconada en un país europeo tras otro al buscar los gobernantes una relación más inmediata y directa con los gobernados. Considera a los gobernantes actuales del Estado británico como pioneros en la búsqueda de una política más allá de la política, en la medida en que modernizan de hecho la finalidad de ésta. No examina el papel que desempeñan en ese cambio los medios de comunicación, aun cuando el impacto de la televisión ha sido decisivo. En un agudo análisis del Nuevo Laborismo, Thomas Meyer observa «un tipo muy radical de *clintonización* de la comunicación política [...] en la cúspide estratégica del partido laborista», que ha:

subordinado todo lo demás, incluido el discurso del partido, su papel, y hasta la función de grupo parlamentario [...] a la necesidad percibida de transmitir con éxito mediante los medios de comunicación la imagen del líder y su proyecto simbólico [...] La imagen de un líder heroico, la selección de las cuestiones que han de tratarse y la forma en que se presentan a los medios, el sometimiento del partido y de todos sus agentes a la cúspide estratégica, no sólo han creado una nueva forma de ejercer la política, sino también un nuevo tipo de relación entre el partido socialdemócrata, sus miembros, sus dirigentes y la sociedad en su conjunto. Así pues, no se puede considerar como un cambio únicamente de mercadotecnia y comunicación, sino por el contrario como un nuevo tipo de partido, cuyo papel queda definido en el proceso de formulación y realización del programa. Se trata nada menos que de un nuevo tipo de democracia mediática¹¹.

Sería difícil decirlo mejor. La democracia sin partidos es una democracia saturada de medios de comunicación, y parte de su credibilidad proviene de cómo los líderes pueden ser ahora conocidos de forma aparentemente personal por millones de ciudadanos.

Populismo corporativo

Mair critica mi desarrollo del concepto de «populismo corporativo» para describir el planteamiento del Nuevo Laborismo¹². Sigo creyendo que se

⁹ Trevor SMITH, *Anti-Politics*, Londres, 1972, p. 20.

¹⁰ Václav HAVEL, *Living in Truth*, Londres, 1986, pp. 3-35.

¹¹ Thomas MEYER, «The Third Way, Some Crossroads», *Forum: Scholars for European Social Democracy*, Working Papers, 1, p. 4.

¹² *Prospect*, febrero de 1999.

adecua convenientemente a los esfuerzos instintivos por incitar a la democracia sin partidos. Cuando Mair señala que «el populismo en su forma pura es completamente antitético de los elementos constitucionales del pensamiento republicano moderno, que es, en definitiva, el que da alas al proyecto de Blair», me temo que yerra en su suposición de que el proyecto de Blair incluye la puesta en pie de restricciones «republicanas» a sus propios proyectos; pero estoy seguro de que se equivoca acerca de mi análisis.

El populismo corporativo es ante todo corporativo, en el sentido de que se basa en el comportamiento de las corporaciones. La Administración Blair está decidida a dejar huella. Podemos compararla en esto con el gobierno Attlee¹³ de 1945 a 1950, más que con los desventurados gobiernos de Wilson y Callaghan¹⁴ en las décadas de 1960 y 1970. La semejanza es algo más que superficial. Attlee estaba obsesionado por alcanzar una eficiencia semejante a la de las empresas y por la transmisión de decisiones claras, como muestra el reciente estudio de Amy Baker¹⁵. Su impulso a una serie de nacionalizaciones, llegándose a formar el *National Health Service* [Servicio Nacional de Salud], puede compararse al planteamiento de Blair de la reforma constitucional. Algunas de sus iniciativas eran excelentes, otras menos. Cada industria fue nacionalizada por separado, y gestionada de la forma acostumbrada, de arriba abajo. No se permitió, por ejemplo, el establecimiento de vínculos entre las empresas públicas eléctricas y las de gas y carbón. No había ningún elemento de democratización popular que legitimara las nuevas corporaciones públicas. Se justificaban como un conjunto disperso de modernizaciones separadas. El resultado fue un complejo burocrático contra el que los conservadores pudieron finalmente alzar a la opinión pública.

También ahora vuelve a obsesionarse Downing Street con el proceso de toma de decisiones al estilo empresarial. Sólo que el modelo de empresa ha cambiado. Attlee estaba insatisfecho con la forma en que Churchill llevaba los asuntos de Estado. Pero mientras que al sector privado se le había responsabilizado del desempleo masivo y la baja inversión de la década de 1930, el Estado había salido intacto de la prueba de la guerra, con una buena reputación como gestor. Así pues, aunque Attlee¹⁵ quería que se tomaran las decisiones de forma mucho más eficiente, podía con-

¹³ Clement (Richard) Attlee (1883-1967). Líder del Partido Laborista de 1935 a 1955, primer ministro de 1945 a 1951. Estado del bienestar en la metrópoli y conversión del Imperio en Commonwealth. [N. del T.]

¹⁴ Harold Wilson (1916). Cuatro veces primer ministro laborista del Reino Unido (1964-1966, 1966-1970, 1974, 1974-1976). Devaluación de la libra en 1967 (véase Callaghan). Consiguió pacificar el partido en la cuestión del ingreso en la CEE.

James Callaghan (1912). Político laborista, primer ministro de 1976 a 1979. Sindicalista en su juventud, teniente de la inteligencia naval durante la Segunda Guerra Mundial, ministro de Hacienda en la primera Administración Wilson (1964-1967), y ministro de Asuntos Exteriores en la segunda (1974-1976). Sustituyó a Wilson como primer ministro en 1976, y desde ese puesto se opuso a las demandas sindicales e impuso severos recortes en el gasto gubernamental. En 1980 renunció al liderazgo del Partido Laborista, siendo sustituido por Michael Foot. [N. del T.]

¹⁵ Amy BAKER, *Prime Ministers and The Rule Book*, Londres, 2000.

siderar al gobierno británico y su funcionariado como el entorno natural de esa eficiencia.

El Nuevo Laborismo no ha heredado esta misma tradición. Por el contrario, al final de la era Thatcher eran las empresas las que aparecían como triunfantes agentes de la modernización y la creación de empleo, mientras que se juzgaba al gobierno derrochador e inerte, sujeto a los procedimientos más que a los resultados. El Nuevo Laborismo observaba la gestión moderna de las empresas para aprender a distribuir, y Blair se consideraba a sí mismo como un director ejecutivo. Al establecer objetivos, controlar la distribución, insistir en los resultados, defender las administraciones conjuntas, etc., los ministros se presentaban como un equipo empresarial. La suya no es una visión pluralista del Estado. Al mismo tiempo tienen que «vender» o dar publicidad a sus logros. Entienden que la forma en que se presenta un programa es una parte esencial de éste, del mismo modo que el diseño de un artículo duradero forma parte actualmente del producto mismo; ningún especialista en *software* consideraría el aspecto del producto que elabora como algo neutro, independiente de su funcionalidad o rendimiento. De ahí la decisión del Nuevo Laborismo de terminar con la tradición del funcionariado de publicar informes de prensa no partidistas acerca de las nuevas iniciativas del gobierno. Finalmente, del mismo modo que ninguna empresa importante restringe por adelantado su mercado a una minoría, sino que busca popularidad y lealtad universales para su marca, el Nuevo Laborismo trata de vender su producto a todo el mundo.

Los lectores pueden juzgar por sí mismos si el concepto de populismo corporativo resulta ajustado como descripción de los mecanismos internos y actitudes de la Administración Blair. Él y su equipo consideran el gobierno de Gran Bretaña como la dirección de una gran empresa de medios de comunicación. En mi opinión, este concepto ayuda a explicar:

- 1 La motivación positiva de sus miembros, su activismo epitomizado en la actitud «puede hacerse», su ambición legislativa, su preocupación por la aplicación de los programas desde la base, y su gusto por la improvisación y el riesgo.
- 1 Su deseo de interesar a todo el mundo, a partir de los grupos de estudio y seguimiento; en palabras de Albert Hirschman, pretenden conseguir una lealtad a la marca, eso sí, impidiendo cualquier otra opción comercial o posibilidad de salida.
- 1 Su incapacidad para comprender la fuerza de sentimientos populares «no cortados por el patrón de la empresa» o «pasados de moda», como el nacionalismo galés, escocés o inglés, o el apoyo a Ken Livingstone.
- 1 Su despectiva y errática actitud hacia instituciones tradicionales no mercantiles, como la constitución británica.

- 1 Su estima hacia el complejo de los medios de comunicación y entretenimiento como canal clave para su estrategia comunicativa, y la consiguiente minusvaloración del partido político como una anticuada máquina de debatir.
- 1 Su aprecio por los creadores de riqueza y las grandes empresas, especialmente internacionales, combinado con la buena disposición a alentar iniciativas, puenteadando a los gobiernos locales ineficaces, para proporcionar servicios, evitar el despilfarro y ayudar a la gente a sentirse bien en el trabajo y en su tiempo libre.
- 1 Su apego a una función pública unificada, que se enfrenta a la lógica de la descentralización.
- 1 Su resuelto centralismo y su inclinación a pensar en una sola inteligencia estratégica en posesión de «la gran perspectiva», que controla la imagen y asegura su coherencia.
- 1 Finalmente, este concepto explica por qué, pese a toda la habilidad táctica e investigación de mercados invertida, el proyecto no funcionará, ya que un país no es una empresa, y no puede gobernarse como si lo fuera.

Blair y cía. han quedado seducidos por la soberanía absoluta que les ha ofrecido el Estado británico. Tratan de preservar su gloria modernizando sus medios. Pero todavía no han comprendido que el tipo de poder central que representa está intrínsecamente periclitado.

Agradezco a Peter Mair la atención que ha prestado a mi idea del populismo corporativo, pero sigo creyendo, como he dicho, que ha pasado con éxito la prueba de su crítica. Ambos estamos de acuerdo en que los esfuerzos por desplazar a los partidos políticos tradicionales fuera de la ecuación de la política moderna expresan una versión peligrosamente unívoca y fatalista de la democracia, y que, por lo tanto, es muy probable que acaben malamente. Podemos estar en desacuerdo sobre el grado de conciencia que el gobierno Blair puede tener de los límites constitucionales hacia los que conduce su política, pero compartimos la convicción de que el Nuevo Laborismo es el agente de nuevas fuerzas, que no cabe menospreciar a la ligera.